

¿Comunidades imaginadas a contracorriente? Límites, soberanía y pertenencias, en cuestión

Albert Moncusí Ferré

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

moncusí@uv.es

ORCID: 0000-0003-2604-4098

Recibido: 24/04/2016

Aceptado: 03/06/2016

RESUMEN

Este artículo aborda la vigencia de la definición de *comunidades imaginadas* de Anderson y el futuro del correspondiente ejercicio de imaginación. A partir de una revisión bibliográfica y del caso de la Cerdaña, se abordan tres cuestiones de la definición de Anderson: la limitación de la nación, la soberanía que se le supone inherente y la comunión entre desconocidos. En este último punto, se habla también de las consecuencias de que la comunidad imaginada tome cuerpo a diario en gente conocida. Se concluye que, en definitiva, la producción de identidades locales y dinámicas de alcance global, local y regional representa todo un reto para la proyección política de las comunidades imaginadas, pero no comporta su cuestionamiento absoluto. Se producen dinámicas desnacionalizadoras en el terreno de la soberanía, pero la delimitación, aunque se hace más porosa, sigue produciéndose culturalmente a través de mecanismos como la educación, el ejército y las comunicaciones. Por otra parte, parece que surgen alternativas globales a las comunidades nacionales, pero la gramática nacionalista sigue intacta como base de categorías e identificaciones comunitarias.

Palabras clave: *Estado-nación, cultura, poder, territorio, globalización, etnicidad*

ABSTRACT. *Imagined communities, against the tide? Boundaries, sovereignty and belongings in question.*

This article deals with the validity of Anderson's definition of imagined communities and the future of imagination typical of nationalism. It is based on bibliographic review and research on the case of Cerdanya. Three questions of Anderson's definition are revised: the limitation of the nation, the inherent sovereignty it and the sense of community between unknown people. In this last point, the text focuses also of the consequences that imagined community is embodied for known people every day. It concludes that the production of local identities and dynamics in global, local and regional level represents a challenge for the political projection of imagined communities. Nevertheless, that production is not absolutely questioned. Denationalisation dynamics are produced in sovereignty and delimitation becomes more porous but it carries on the cultural production of community limits by education, army and communications. In addition, some global alternatives to national communities arose, but the nationalist grammar remains intact as a base of community categories and identifications.

Keywords: *Nation-State, culture, power, territory, globalisation, ethnicity*

SUMARIO

Introducción

La limitación y la soberanía, continuidades y cambios

· La biología y la cultura como hitos

· La dimensión trascendente de la nación: rituales y tradiciones

· La soberanía territorial, en cuestión

De la comunión de los desconocidos a la conjunción de los que se conocen

Reflexiones para concluir

Referencias bibliográficas

Autor para correspondencia / Corresponding author: Albert Moncusí Ferré. Universitat de València, Departamento de Sociología y Antropología Social. Facultad de Ciencias Sociales. Av. Tarongers, 4b 46021 València.

Sugerencia de cita / Suggested citation: Moncusí, A. (2016). ¿Comunidades imaginadas a contracorriente? La proyección política de los nacionalismos, en cuestión. *Debats. Revista de cultura, poder y sociedad*, 130 (1). 19-30

Agradezco al Dr. Joaquim Maria Puigvert la posibilidad de visitar el caso de la Cerdaña recientemente. Parte de lo que aquí está reflejado no habría sido posible sin su invitación para realizar un debate, con él y su alumnado del grado de Historia de la Universitat de Girona, sobre el libro que publiqué en 2005.

Una curiosa fuerza de la historia, esta: al mismo tiempo una ilusión, una potente afirmación de autoridad, un artefacto cultural, una presente ausencia y una presencia ausente, un principio de unidad que enmascara una desarticulación institucional... En el fondo, el Estado-nación ha sido siempre y en todas partes un trabajo en curso, que en ningún lugar ha sido plenamente realizado (Comaroff y Comaroff, 2000: 323)

Hace unos años viví en Puigcerdà, capital de la comarca franco-española y catalana de la Cerdaña. Entonces, y en las visitas que hice después, fui realizando un trabajo etnográfico para observar cómo experimentaban los habitantes de la comarca la proximidad de la frontera internacional que cruza su territorio y la superposición de categorías e identificaciones colectivas a las que estaban potencialmente invitados. El magnífico trabajo de Peter Sahlins (1993) fue para mí un referente. Su subtítulo —«la construcció de França i Espanya a la Cerdanya» (la construcción de Francia y España en la Cerdaña)— anunciaba la tesis principal: la línea internacional era un activo estratégico y las periferias territoriales fueron centrales en la construcción del Estado-nación. Mi trabajo (Moncusí, 2005) mostró una continuidad de aquel proceso, si bien los Estados tomaron protagonismo con los acontecimientos bélicos de la primera mitad del siglo XX y los cambios políticos, sociales y económicos que se produjeron después. Se daba la situación, aparentemente paradójica, de que, con la puesta en práctica de los Tratados de Schengen, los ceretanos percibían intensamente la presencia de la frontera. Era aparentemente paradójico que el proceso de construcción europea no había supuesto una cesión sustancial de soberanía por parte de los Estados miembros y —tal como habían mostrado hacía tiempo Mann (1993), Connor (1994) o Llobera (2003)— se encontraba sometido a los recelos y los temores de los gobiernos de los Estados que formaban la Unión. Además, los Estados se habían asentado de diferentes maneras a ambos lados de la divisoria, por las vicisitudes históricas y un contraste en la estructura política en un sentido territorial y de refuerzo de la vinculación cívica y cultural entre pueblo y Estado.

Uno de los elementos comparativamente más potentes era la consolidación de un cuasi-Estado catalán en la vertiente sur de la comarca. Con todo, los habitantes de la Cerdaña mostraban una notable capacidad de moverse entre diferentes códigos culturales y de explorar vías para cruzar la divisoria e, incluso, sacarle partido.

El pasado diciembre del 2015 volví a la Cerdaña. Cerca del lago de Puigcerdà, junto a la frontera franco-española, se emplazaba el primer hospital transfronterizo de Europa, presidido por las banderas francesa, española, catalana y europea, y gestionado por la Generalitat de Catalunya (60 %) y el Estado francés (40 %). Comenzó a funcionar en septiembre de 2014. Mi trabajo anterior dejó entrever dos dificultades que podía tener el proyecto: los prejuicios de los usuarios franceses y las complicaciones administrativas.

Recuerdo que, en la defensa de mi tesis doctoral, uno de los miembros del tribunal, el Dr. Joaquim Pais de Brito, me preguntó sobre la muerte y su ritualización en la comarca. No había asistido nunca a un entierro y, en consecuencia, mi etnografía no decía nada de la forma como los difuntos ceretanos eran despedidos por sus paisanos. Esto me viene a la memoria porque, en la última visita, me encontré con otra cuestión relacionada con la muerte, que tampoco había abordado. ¿Qué ocurre cuando un ciudadano francés o español muere al otro lado de la línea? ¿Tener el suelo patrio cerca facilita la repatriación del difunto o más bien explicita las contradicciones de vivir en una zona de frontera? Por lo que comentó una persona que trabajaba en el hospital, se trata más bien de lo segundo. El centro fue construido en suelo español junto a suelo francés, pero la proximidad de Francia no se distingue a simple vista. Ahora bien, cuando un francés muere en el nuevo hospital, parece que hay la misma distancia entre Puigcerdà y Bourgmadame que entre París y Dunedin (Nueva Zelanda), porque los trámites administrativos de repatriación del cuerpo son análogos.

El episodio muestra que el Estado-nación sigue presente en un mundo global marcado por la facilidad

de movimientos y la potencial superación de fronteras (Castells, 2000; Appadurai, 2001; Abèlés, 2008). Con el hospital, la Cerdaña continúa a la vanguardia de los procesos de construcción política, planteando retos al orden administrativo de dos Estados y la aplicación cotidiana de la Unión Europea. Cuando el centro sanitario abrió sus puertas, la prensa se hizo eco de los pasos que faltaba dar, como un protocolo específico para la repatriación de difuntos, medidas para que la policía pudiera interrogar a sospechosos ingresados, trámites para registrar bebés nacidos en el hospital o administrar medicamentos (*El Periódico*, 5/09/2014; *La Vanguardia*, 09/19/2014). Los gestores del hospital están invitados a aplicar una actitud pragmática que pasa por delante de la obstinación en el cumplimiento de la burocracia; una posición habitual entre los ceretanos durante muchos años, cuando ha sido necesario exigir a los Estados que permitan movimientos y uso de recursos entre ambos lados de la frontera.

España, Francia y Cataluña configuran lo que Benedict Anderson denominó “comunidades imaginadas”. El autor las definió como «inherentemente limitadas y soberanas» (2005: 24) y consideró que sus miembros se desconocían entre ellos, pero mantenían una comunión. Sin embargo, la imaginación tiene detrás a alguien que puede construirla y blandirla, y fundamentar una cierta noción de totalidad unitaria puede ser difícil en ciertas condiciones. La fórmula moderna de Estado-nación se edificó sobre este horizonte colectivo imaginario, con un trabajo de cimentación cultural (a menudo lingüística) y articulación política, social y económica territorial. Con todo, es un edificio institucional inacabado y cuestionado. La construcción de identidades colectivas supone un esfuerzo de representación cultural y social que a menudo se debe mantener contra una realidad que la cuestiona (Pujadas, 1993; Hall, 2003), de modo especialmente agudo en el caso de las identidades nacionales, por su abstracción y vinculación a la ingeniería política de Estado. Las comunidades imaginadas se encarnan día a día en lugares particulares como la Cerdaña y, hoy, parece que el proceso de imaginación nacionalista va a

contracorriente. El objeto de este artículo es partir de las premisas de la propuesta de Anderson para explorar cuáles son las vías que pueden hacer de la imaginación un sueño más o menos lejano. Primero, abordaremos la limitación y la soberanía de la nación y, después, hablaremos de la comunión entre desconocidos y de las consecuencias de que la comunidad se encarne en gente conocida. Todo ello para reconocer que la vigencia de la propuesta de Anderson encuentra en la producción de identidades locales y en dinámicas de alcance global, local y regional interesantes contrapuntos.

LA LIMITACIÓN Y LA SOBERANÍA, CONTINUIDADES Y CAMBIOS

Puede decirse que toda comunidad es imaginada, pero, en el caso de la nación, esta imaginación ha resultado especialmente plausible al cobijo de la fórmula del Estado moderno. El guion que un Estado y nación ha sido garantía de durabilidad para el entramado político de una forma de gobierno hegemónica. El nacionalismo se erigió en una ideología útil para el mantenimiento del orden, reforzada por su doble carácter de doctrina política y de fundamento de identidad (Guibernau, 2004). La cuestión consistía en delimitar a quién aludía el orden, con la premisa de que lo que pudiera ocurrir debía estar siempre bajo control estatal. La supervivencia de la nación coincidía con el poder del Estado y exigía la observancia de la ley y la fidelidad al interés estatal (Bauman, 2002). En estas condiciones, el Estado institucionalizaba la comunidad imaginada, construyendo sus límites y soberanía.

La biología y la cultura como hitos

En cuanto a la limitación de la comunidad, había que producir una sociedad a la medida de un Estado. La operación comportó habitualmente formas de violencia, la anulación de relaciones diferenciales de significación social en el propio territorio, y olvidar las imposiciones que se derivaban del proceso (Pérez Agote, 1993). La consolidación de un Estado-nación depende de un consenso social sobre las

bondades del artefacto. Los nacionalistas imaginan la nación como un individuo colectivo, una especie de superorganismo con alma, historia y destino que lo hacen único, encarnado en forma de cultura. La existencia de la nación acaba siendo considerada por los propios sujetos como natural (Handler, 1984). Se da, pues, un proceso de reificación a través de una historia natural y la acción institucional que reproduce su existencia la convierte en algo imaginario, porque se basa «en la proyección de la existencia individual hacia el entramado de una narración colectiva, el reconocimiento de un nombre común y las tradiciones que se experimentan como restos de un pasado inmemorial» (Balibar, 1991: 93). La imaginación se concreta en aspiraciones y luchas de un pueblo que tienen el Estado como horizonte. Normas, valores y comportamientos compartidos se convierten en la clave de esta construcción. Según indicó Balibar (1991), se construye una comunidad étnica alrededor de la raza o de la lengua como elementos definitorios.

En el siglo XIX, la cuestión de la raza protagonizó explícita o implícitamente parte del discurso de los nacionalismos europeos y los fundamentos biológicos de la nación se consideraron principios que permitían delimitar la comunidad nacional. Esta importancia de la raza se mantendría hasta que el nazismo provocara un replanteamiento de sus perniciosas consecuencias (Geulen, 2007) y hasta que la genética cuestionó las clasificaciones raciales (Lalueza, 2002). Las legislaciones de nacionalidad suelen apelar a la sangre en la definición de una pertenencia automática y los himnos nacionales están repletos de metáforas naturalistas (Comas d'Argemir, 1996) y, en consonancia con un nuevo racismo culturalista, se llevan a cabo prácticas de racismo institucional (Wieviorka, 2009). Sin embargo, los Estados-nación encaminaron ya hace tiempo su ingeniería identitaria hacia otras sendas. Como mostraron Bourdieu (1985) o Gellner (1988), la lengua ocupó un lugar especial como instrumento de comunicación y cohesión grupal, pero también como factor que facilitaba la articulación de un mercado interno, la comunicación con la Administración y la delimitación de un pueblo.

En su concepción de las comunidades imaginadas, Anderson (2005) recuerda que la limitación de la nación se vincula a unas raíces culturales contemporáneas modernas, como son la desvinculación del latín como única lengua escrita ligada a una verdad ontológica absoluta, la creencia de que la sociedad estaba organizada y giraba en torno a un poder elevado establecido por naturaleza y una temporalidad en la que cosmología e historia no se podían distinguir. Los descubrimientos científicos, los cambios políticos, económicos y sociales y el desarrollo de comunicaciones jugaron un papel muy relevante. Entre todos ellos, el autor destaca particularmente la imprenta que, combinada con el mercado capitalista, contribuyó a la difusión de las lenguas vernáculas. El uso de estas lenguas en periódicos, obras literarias, óperas, canciones y diccionarios y la creación de academias de la lengua favorecieron la construcción nacional en varios países del viejo continente. Procesos similares tuvieron lugar en Sudáfrica o Turquía. En el mejor de los casos, la población analfabeta llegaba al 50 % (Francia o Gran Bretaña) y, en otros, al 98 % (Rusia), de modo que los lectores y consumidores de toda esta producción cultural eran antiguos aristócratas, eclesiásticos y burgueses industriales, comerciantes y funcionarios. Estos últimos, además, estaban cada vez más presentes en Estados que iban creciendo. La alfabetización de las masas acabaría contribuyendo a la extensión de un nacionalismo populista. Paralelamente, se generaba un nacionalismo oficial por parte de clases dirigentes que legitimaban su poder como representantes de la nación (aunque en muchos casos eran monarcas que se encontraban en su lugar por algo muy diferente a la soberanía concedida civilmente). Unas veces cimentaban el poder sobre la educación nacional y el ejército como vías de extensión del sentimiento nacional (ejemplo de Hungría) y, otras, sobre la oposición a una minoría amenazadora (caso de Siam, en 1910-14, contra los chinos que el propio Estado había importado como mano de obra cualificada, y que estaban protagonizando huelgas).

La reproducción simbólica de la nación se ha hecho posible en el siglo XX (y en algunos casos, desde el

XIX) en censos, documentos de identidad, pasaportes y mapas que representan la imaginación en el papel. La escuela, junto con la imprenta, expandió una visión mítica de la historia que dejaba de lado, por ejemplo, que Guillermo el Conquistador —supuesto padre fundador de Inglaterra— no hablaba inglés (el inglés no existía todavía) y que era conquistador, justamente, del pueblo que lo acabaría venerando. La historia aprendida dejaba de lado episodios históricos incómodos, como la noche de San Bartolomé, en la historia de Francia, o se cambiaba su contenido, como en la Guerra de Secesión Americana, que era más bien una guerra entre «pseudo-Estados». Se construiría un mundo cultural compartido, también, por los medios de comunicación, las migraciones internas y el servicio militar que favorecieron una unificación de creencias, costumbres y valores (Weber, 1976). En la Cerdeña, por ejemplo, la escuela y las buenas vías de comunicación contribuyeron a una nacionalización, en el lado francés, en el primer cuarto del siglo XX, lo que contrastaba con un sistema escolar escasamente centralizado y poco extendido (Moncusí, 2005). De hecho, los Estados francés y español tuvieron distinta suerte en los esfuerzos nacionalizadores. Mientras el primero alcanzó una cierta adhesión civil, España fracasó en los intentos de seguir el modelo francés (Álvarez Junco, 2001). Además, y en especial durante el franquismo, el nacionalismo español mantuvo un componente étnico en torno a la lengua (Archilés, 2014), de circunscribir la diversidad étnica interna en un «regionalismo bien entendido» y de la afirmación de «España» como unidad patriótica indivisible (Saz, 2014). El artículo segundo de la Constitución de 1978 mantiene esta última formulación al referirse a «la indisoluble unidad de la nación española patria común e indivisible de todos los españoles». De hecho, hay autores que han visto en la Constitución española un elemento discursivo étnico, en la medida en que es representada como una especie de característica esencial de la identidad nacional (Serrano, 2008).

Y todavía, como último vector cultural, está lo que Billig (2006) denominó «nacionalismo banal» y que conlleva la afirmación diaria de la nación por símbolos y referencias que la evocan en discursos y prácticas

y en el decorado cotidiano. A este nacionalismo se suman elementos como los horarios, el idioma, un cierto *ethos* y los trámites burocráticos que componen un mundo en el que las categorías nacionales no son baladí y que son especialmente observables en zonas de frontera (Moncusí, 2005). En ellas, además, se produce una particular reafirmación cultural en el reconocimiento y trato particular con y por parte de cuerpos policiales (Moncusí y Ruiz, 2002).

La globalización ha supuesto que las personas que viven inmersas en un mundo nacional puedan participar de paisajes globales y que se pueda producir una imaginación global, translocal o transnacional (Appadurai, 2001). Se podría plantear que esta producción cultural e identitaria cuestiona las identificaciones nacionales, pero el imaginario lingüístico del Estado-nación es la fórmula empleada por grupos desterritorializados a la hora de imaginarse y es el lenguaje disponible para las lealtades más anchas y abstractas, a excepción de movimientos y organizaciones supranacionales y no territoriales (por ejemplo, ONG o movimientos sociales) que, sin embargo, no han sustituido a la nación (Appadurai, 2001). En este sentido, el Estado-nación sigue siendo un artefacto útil para la construcción de la delimitación cultural de la nación.

La dimensión trascendente de la nación: rituales y tradiciones

Las comunidades nacionales se han imaginado delimitadas por la biología y, en especial, la cultura, pero también se ha subrayado su existencia con rituales y tradiciones que periódicamente le han atribuido una carga trascendental. Hobsbawm y Ranger (1988) mostraron que el nacionalismo se concretaba en la invención de tradiciones, en el sentido de que se creaban un conjunto de prácticas gobernadas por reglas aceptadas explícita o tácitamente, y un ritual simbólico que inculcaba ciertos valores y normas de comportamiento, por repetición, y que implicaba continuidad con el pasado. A diferencia de la costumbre, la tradición aparecía en escena para permanecer invariable, fundamentar la comunidad y legitimar el poder estatal. Se simbolizaban

cohesión social y pertenencia alrededor de elementos esencialmente compartidos, en especial, banderas e himnos, pero también danzas, relatos o lenguas. Las escenificaciones en el espacio público tienen un valor particular. Como ha mostrado Guibernau (1997), estas escenificaciones no son exclusivas de un nacionalismo de Estado, sino que también pueden ser empleadas por nacionalismos contra el Estado.

Independientemente de la artificiosidad que se les atribuya, las tradiciones nacionales permiten forjar la vinculación entre un grupo cultural y el Estado. Al fin, un ejercicio de tradicionalismo que pretende reificar la nación en virtud de una realidad trascendente. En una línea similar, Eriksen (1993) ha explicado el nacimiento del nacionalismo noruego, a finales del siglo XIX. Las clases medias urbanas viajaban a remotos valles y montañas en busca de la expresión de la autenticidad noruega en las tradiciones. Elementos de la cultura campesina fueron reificados como parte de la cultura nacional, tras ser reinterpretados y ubicados en un contexto político urbano para mostrar algo distintivo de la esencia noruega. El nacionalismo como ideología propugnaba, de paso, que gente urbana y rural formaban parte del mismo grupo, frente a los suecos. El nacionalismo unía, además, a ricos y pobres, trabajadores y capitalistas. Por otra parte, hasta finales del siglo XIX, la lengua de uso público y prestigioso era el danés. Entonces fue reemplazada por la lengua vernácula, normativizada a partir de dialectos noruegos. La lengua era así de algún modo inventada, y se convertía en símbolo de unidad cultural, y herramienta práctica para el Estado-nación. El papel del folclore en los nacionalismos, desde finales del siglo XIX, de hecho, se encuentra en muchos otros casos, como muestra, por ejemplo, Llobera (1994) en su trabajo de profundización histórica. Como ha mostrado Santamarina (2013), hoy la noción de patrimonio inmaterial de la humanidad ha ocupado el papel de la vieja idea en una lógica global que, en origen, tuvo una raíz nacionalista. La UNESCO ha actuado como catalizadora de procesos de patrimonialización en los que los Estados son protagonistas fundamentales, aunque no exclusivos.

Y todavía debe tenerse presente la dimensión ritual patente en monumentos y conmemoraciones desplegadas institucionalmente y del valor ritual, como representación nacional del vínculo político colectivo (Abélès, 2008). También ha tenido su papel la presencia de fuerzas policiales en las calles o en las zonas fronterizas. Tal y como mostraron hace unos años Moncusí y Ruiz (2002), la globalización puede suponer en zonas fronterizas activación de la movilidad de personas que refuerza esos despliegues.

Rituales, tradiciones y monumentos evidencian el carácter de religión civil del nacionalismo (Llobera, 1994), ofrecen vías para la movilización y la acción social y pueden producir transformaciones o la impresión de que son posibles. Como han mostrado Albert y Hernández (2011), esto puede conllevar posicionamientos políticos partidarios de posiciones oficiales o, por el contrario, de oposición o resistencia colectiva a lo establecido. Esto sirve para las conmemoraciones oficiales, pero también para los deportes y las fiestas populares que contribuyen a reforzar los valores comunitarios y delimitar la nación, pero también el protagonismo de hombres y mujeres en su construcción y reproducción. Un aspecto a menudo olvidado en los estudios sobre nacionalismo (González, 2013).

La soberanía territorial, en cuestión

La soberanía del Estado-nación moderno es eminentemente territorial; despliega formas de poder y control sobre un territorio en cuyo contexto promete garantizar seguridad a quienes reconoce como ciudadanos plenos, a la vez que se preocupa de mantener el orden a partir de un marco legal (Bauman, 2002). Sin embargo, es una soberanía cultural o filiativa, y no meramente jurisdiccional, porque, mientras la territorialidad justifica la legitimidad y el poder del Estado, la nación —los sujetos de ciudadanía— se produce y reconoce por otras realidades como la lengua, la raza o la religión, que no necesariamente están radicadas en el territorio nacional (Appadurai, 1999). Este último aspecto se apoya sobre la delimitación comunitaria basada en la cultura, la biología y la tradición a la que hemos

hecho referencia y es el que mejor se ha adaptado a un contexto globalizado, ya sea a partir de políticas transnacionales hacia los ciudadanos expatriados, con la constitución y organización política de diásporas, en redefiniciones constitucionales que incorporan minorías étnicas o también con prácticas de racismo institucional o de expulsión de los no nacionales. Se trata de preservar la nación en el propio marco territorial o más allá de su refugio. Cabe añadir que en los casos en los que se cuestiona la soberanía desde dentro, como ocurre con los movimientos independentistas, los Estados-nación pueden responder (al margen de optar por sacar el ejército a las calles) abriendo una vía democrática para redefinir la relación territorial o la situación política o, en caso contrario, adoptando un fetichismo de la ley (en especial, de la propia Constitución), como si esta tuviera por sí sola la capacidad de orquestrar un orden inamovible (Comaroff y Comaroff, 2000).

Con todo, la globalización ha supuesto la superación de las fronteras territoriales que fundamentaban el Estado moderno, en cuanto a la movilidad de finanzas y de personas. Ambas ponen en duda el control territorial y lo convierten en poco más que una ficción. Igualmente, el mundo cada vez parece menos organizado sobre la base de unidades culturales territoriales perfectamente delimitadas. La sociedad nacional se ve sustituida por una sociedad global que no tiene Estado referente; a la vez, la soberanía se fragmenta entre varias instancias que van más allá del Estado (Beck, 1998). Ningún Estado-nación es autosuficiente en lo militar, económico y cultural, y la sociedad como totalidad cerrada se rebela más que nunca como una ficción, de modo que ocupan su lugar instituciones que actúan de forma independiente, conformando una red de interrelaciones cuya acción es impredecible (Bauman, 2002).

El Estado contemporáneo afronta flujos globales, esfuerzos para construir instituciones supranacionales y dinámicas de descentralización. Además, el control político de los medios de comunicación ya altamente globalizados resulta una quimera (Castells, 2000). Y, sin embargo, frente a la inmigración extranjera la

política se renacionaliza, de modo que los Estados subrayan el derecho soberano a controlar sus fronteras (Sassen, 2001; De Lucas, 2015). La crisis de los refugiados en Europa está demostrando trágicamente este proceso, en forma de expulsiones y levantamiento de vallas y muros. Cabe decir que las vallas están ya hace tiempo, por ejemplo, en Ceuta y Melilla. El hecho de que los protagonistas de la crisis sean personas que huyen de una situación de guerra y fundamentalismo islámico puede que haga más evidente y visible la crueldad a la que pueden llevar los impulsos defensivos de la Europa fortaleza, pero las expulsiones, los acuerdos con terceros países y el uso de la fuerza contra los que quieren traspasar las fronteras no son ninguna novedad. En los últimos años, se han tomado sistemáticamente medidas en el mismo sentido (De Lucas, 2015). Especialmente significativa es la puesta en marcha de prácticas de externalización, involucrando en el control de flujos de personas a terceros países considerados de origen o tránsito, con despliegue de alta tecnología y controles móviles. Además, se ha redefinido la soberanía a través de Schengen, con acuerdos de readmisión y la creación y puesta en marcha de la Agencia Europea de Gestión de Cooperación Operacional en las fronteras externas (FRONTEX). Un espacio de cooperación multilateral que conlleva operaciones policiales multinacionales no exentas de ambigüedades jurisdiccionales e indeterminaciones legales y que se concreta en prácticas de subcontratación de fuerzas policiales (Casas-Cortés *et. al.*, 2015).

Pero si los Estados-nación parecen tener respuesta a la movilidad de personas, no puede decirse lo mismo del control de política monetaria, mercado financiero y redistribución. Como apuntaron Comaroff y Comaroff (2000), muchos autores han destacado la crisis del Estado-nación ante las fuerzas del mercado, con un capital incontrolable en constante movimiento y una mano de obra en una movilidad frente a la que los mecanismos de vigilancia y control fronterizo se refuerzan, pero son insuficientes. El Estado-nación no puede regular ni el mercado ni el trabajo y, aunque todavía tiene un papel en el capitalismo neoliberal y en la globalización, poco puede hacer frente a la

economía global. Ha perdido el monopolio en materia de moneda y capacidad impositiva sobre ciudadanos y corporaciones. Todo un mundo queda fuera del alcance del Estado-nación, con el protagonismo de comunidades transnacionales y movimientos sociales, con la universalización de la ley y la justicia (con tribunales supranacionales y formas de arbitraje) y formas de violencia translocal y organización de todo tipo a través de internet. La globalización del capital tiene como condición *sine qua non* la reducción de la soberanía estatal (Bauman, 2002).

La reciente crisis económica es una buena muestra de la situación que atraviesa el modelo del Estado-nación. Medidas de austeridad y ajustes presupuestarios han sido promovidos por organismos supranacionales. La soberanía estatal se ha visto sustancialmente limitada y su acción ha terminado encuadrada en un marco de gobernanza multinivel que cuestiona su autonomía. Es más, en el caso de la Unión Europea, los Estados a menudo ven cuestionada su soberanía y, por ello, pueden tratar de reforzar su posición con argumentos nacionalistas. El Estado contemporáneo está ligado a interacciones en los ámbitos regional y global (Abélès, 2008). En el último caso, se da una centralización del poder en grandes metrópolis y una desnacionalización en la que, paradójicamente, el Estado toma parte activa con decisiones legislativas, configurando un espacio de autoridad en el que se encuentran lo privado y lo público. En este sentido, la soberanía se ha descentralizado y se ha desnacionalizado con protagonismo de las empresas y los mercados financieros globales (Sassen, 2010). Hay actores supranacionales con importante influencia local y translocal que contribuyen a construir imaginarios globales, en la medida en que configuran redes no estatales de las que participan los sujetos. Es el caso de las ciudades globales, organismos, corporaciones y ONG, cuyo poder forma parte del debilitamiento de la exclusividad de la autoridad formal del Estado sobre el territorio nacional. Las ciudades, en concreto, establecen densas interacciones económicas que generan lealtades no territoriales basadas en proyectos que incluso se oponen a las políticas estatales (Sassen, 2004). Se consolidan nuevas formas de gobernanza

en red, con una redefinición estratégica de la escala nacional con relación a otras como la regional, la local o la internacional, en la que tienen protagonismo ciudades y ciudades-región que tratan de situarse estratégicamente en los circuitos de acumulación de capital (Brenner, 2009). Este protagonismo de las ciudades-región como Cataluña (alrededor de Barcelona) o el País Vasco (con Bilbao como importante polo) se incrementa por la vía de los acuerdos entre ciudades, con el sector privado y con organismos supranacionales (Calzada, 2015). Las corporaciones transnacionales son también núcleos de poder. Según Beck (1998), hace casi veinte años, el 53 % de la riqueza mundial provenía de este tipo de empresas en 1997. Un estudio demostró hace cinco años que el 40 % de la riqueza mundial se concentraba en 147 corporaciones (Vitali *et al.*, 2011). Las principales élites son, ahora, transnacionales. En estas condiciones, los Estados se mueven entre patricular los márgenes de un campo de juego, señalando infracciones (Bauman, 2002), y posicionarse en una competición dejando de lado parte del papel social que, hasta ahora, legitimaba su autoridad y, con ella, su soberanía (Sassen, 2010).

DE LA COMUNIÓN DE LOS DESCONOCIDOS A LA CONJUNCIÓN DE LOS QUE SE CONOCEN

La comunión entre personas, la mayor parte de las cuales no se conocen, es una tercera característica que Anderson estableció para definir las comunidades imaginadas. Esto representa desarrollar una especie de sentimiento de armonía y compañerismo horizontal con personas incluidas en el delimitado conjunto de los miembros de la propia nación y tener cierta relación de lealtad para con la entidad política que de algún modo la representa. Ya hemos visto la importancia que la cultura y, en especial, la lengua y los medios de comunicación tienen en la teoría de Anderson. En la actualidad, se puede decir que la construcción de comunidades imaginadas se ha amplificado notablemente. Appadurai (2001), por ejemplo, ha mostrado que las nuevas tecnologías de comunicación serían a la imaginación comunitaria actual que trasciende el Estado-nación lo que en

su mundo fue la imprenta, según Anderson, para la configuración de comunidades imaginadas. Las redes sociales amplifican el alcance del conocimiento diario, facilitando la difusión de discursos y valores. Como sugiere Abèlés (2008), las tecnologías digitales de comunicación —y, en particular, las redes— han ofrecido densas vías para reforzar sentimientos de comunidad étnica en las que el lenguaje de la alteridad ha encontrado expresión y difusión, al reforzar la conciencia de la diferencia. Sassen (2010), por su parte, recuerda que surgen afinidades afectivas transnacionales alrededor de movimientos globales. Desde este punto de vista, los sentimientos comunitarios han tomado una considerable dimensión más allá del territorio. Podría argumentarse que se despliega una de ciudadanía mundial o posnacional con fenómenos como en el régimen internacional de los derechos humanos (Sassen, 2010), multiplicada en las redes. Ahora bien, la situación de millones de refugiados que no encuentran quién los acoja fuera de los limbos que constituyen los campos pone en duda la concreción de esa ciudadanía (Bauman, 2002).

El nacionalismo mantiene intacta la capacidad de representación de comunidades imaginadas, incluso con el apoyo de nuevas tecnologías. La comunión entre desconocidos continúa como una opción, hoy. Ahora bien, el papel de los conocidos no es en absoluto despreciable. Representantes asociativos, intelectuales, artistas, trabajadores, consumidores, productores, hombres y mujeres en general interactúan directamente, en un contexto de mutuo conocimiento. De entrada, es una ideología y un movimiento que se produce con protagonismo de élites, pero también de un seguimiento masivo (Pérez Agote, 1993), bien en forma de reivindicaciones conscientes o a través de la reproducción cotidiana de la existencia de categorías nacionales, en prácticas y discursos más o menos inconscientes. La sociedad civil es el motor de un nacionalismo vinculado al Estado, porque lo busca o porque se opone (Llobera, 1994), y su marcha opera en la concreción de localidades o a través de las redes sociales. Si bien los actores que interactúan no necesariamente son conocidos, las amistades pueden alimentar el potencial emocional

de las identificaciones. Por ejemplo, en el caso del nacionalismo catalán, la sentencia del Tribunal Constitucional sobre el Estatuto del 2010 supuso un punto de inflexión en las posiciones políticas de los ciudadanos, hacia una ampliación del independentismo (Nagel, 2014). Muchos ciudadanos catalanes experimentaron sentimientos de humillación y frustración (Clua, 2014) en contextos locales, familiares, asociativos, de amigos. Tras la sentencia, la *estelada* fue ocupando balcones de casas y las entradas principales de muchos pueblos catalanes, en un movimiento con importante carácter regenerador. Es interesante recordar que este mismo carácter lo atribuyó Castells (2000) a este nacionalismo, aunque para hacer referencia a la regeneración de España. En esta ocasión, la regeneración va hacia un proyecto de mejora económica, social y política, derivado de la acción participativa de la ciudadanía hacia la construcción cívica de un nuevo país (Clua, 2014). Toda una apuesta utópica que se ha ido construyendo desde entidades cívicas y grupos concretos de cada pueblo. Amigos y familiares se han ido animando a participar masivamente en manifestaciones públicas cuidadosamente organizadas y que, además, han dejado un rastro para la memoria en las redes sociales.

En la Cerdaña, observé, hace unos años, producción y reproducción local y diaria de sentimientos nacionalistas. Las transacciones entre sujetos son materia básica de los procesos de identificación colectiva, con la centralidad de categorías que organizan la interacción y la sociedad (Barth, 1969). En la Cerdaña, narrativas y situaciones cotidianas de interacción han sostenido una gramática nacionalista y han reproducido cotidianamente fronteras simbólicas (Moncusí, 2005 y 2011). La interacción cotidiana es fundamental para construir la pertenencia y tienen lugar no solo aquellas relaciones, sino también lo que se entiende como la experiencia de las instituciones de gobierno, a través de agentes o instancias oficiales (y burocracia), personalmente o por los medios de comunicación. Además, se establecen ritmos de vida y mundos simbólicos diferentes. No son necesariamente contrapuestos, pero ofrecen materiales para delimitar el campo de acción del que uno piensa

que forma parte. Como se ha visto en otros casos (por ejemplo, Castelló, 2001), las identidades colectivas se fundamentan en las relaciones cotidianas como estructuras de plausibilidad (por ejemplo, relacionarse solo con quien habla la propia lengua).

Los ceretanos han estado habituados durante muchos años a buscar agujeros para cruzar la frontera y reclamar atención a los Estados español y francés para resolver cuestiones locales. Para poder transitar por caminos entre pueblos a ambos lados de la frontera, mantener una estación de esquí municipal, regular el uso de aguas de un canal o poner en marcha un hospital transfronterizo, han exigido a los Estados que revisen su soberanía territorial y actúen en consecuencia. A la vez, se han ido asentando dinámicas culturales, políticas, sociales y económicas a ambos lados de la frontera no exentas de componentes nacionalizadores. La antropología social y cultural ha mostrado que la dimensión política comprende la cuestión de los valores que en cierto modo aglutinan un colectivo; que fundamentan que sus miembros mantengan una cierta organización compartida del ejercicio práctico del poder y el control y su ritualización (Abèlés, 2008). El mantenimiento de las comunidades imaginadas que constituyen las naciones supone dar un valor particular a elementos culturales y a un mundo compartido, con una carga emocional, pero la vida cotidiana supone construir y mantener acuerdos sobre los valores que se necesitan para permanecer juntos. El caso de la Cerdaña muestra una interesante combinación entre sentimientos nacionales contrapuestos y superpuestos y la necesidad de organización social. Se afirman cotidianamente comunidades imaginadas, en las referencias a categorías e identificaciones nacionales que delimitan marcos de acción, y los Estados han marcado el territorio de muchas maneras, pero —con más o menos dificultades y contradicciones— cruzar la frontera se ha convertido en un valor compartido.

REFLEXIONES PARA CONCLUIR

El ejercicio de delimitación de las naciones como comunidades imaginadas sigue vigente a través de

la cultura, los rituales y las tradiciones. La biología (en particular, el nacimiento y la descendencia) sigue presente en la ordenación jurídica de los Estados a la hora de definir a sus sujetos de pleno derecho. Se puede decir que la imaginación nacionalista y su potencial emocional siguen intactos y se van reproduciendo en los lugares físicos y virtuales y las redes, en reacciones a eventos cotidianos. Son elementos que Anderson destacó en su día pero, en cambio, la soberanía que el autor afirmaba que era inherente a las naciones está hoy ampliamente cuestionada desde el mercado de las finanzas, la movilidad de personas, las organizaciones gubernamentales y los organismos internacionales. El Estado moderno, como fórmula de concreción de aquella soberanía territorial, está en cuestión, pero trata de imponer su control y poder aunque sea implicando a otros países u organismos puertas afuera. ¿Cómo hacen frente los Estados-nación a los retos que cuestionan la soberanía desde dentro de su territorio (proyectos secesionistas), externos (organismos supranacionales y corporaciones) y en los límites (zonas de frontera que requieren flexibilización o mayor vigilancia)? En el primer caso, los recursos consisten fundamentalmente en apelar a la ley (y, en especial, a la Constitución) como fetiche, emplear el ejército, buscar las presiones internacionales y abrir un proceso de negociación. Por otra parte, confían en reforzar la unidad nacional con rituales de masas (con especial protagonismo del deporte). Son fórmulas de apelar a un universo simbólico cargado de valores trascendentes para reforzar el poder de la ilusión del Estado-nación. En cambio, tiene menos papel el potencial redistributivo del Estado social. Ante las amenazas externas, los Estados-nación dificultan la entrada de ciudadanos extranjeros, si bien con acciones no del todo exitosas y manteniendo vías informales de incorporación a la ciudadanía, como el reconocimiento del arraigo. Un Estado puede convertirse en fetiche para exorcizar los males de la globalización y las rebeliones internas, de cara al electorado y la opinión pública nacional; también puede erigirse en herramienta para forjar un futuro utópico, pero en el actual contexto neoliberal y de capitalismo financiero el control político de la

realidad resulta complicado. En cuanto a la cuestión de las zonas de frontera, casos como el de la Cerdaña permiten observar el protagonismo de las poblaciones locales en políticas de Estado y la vigencia del modelo de Estado-nación en la producción cultural de

identidades, pero también el paradójico papel de las categorías nacionales en la organización comunitaria. Las comunidades imaginadas tienen, en definitiva, un futuro por delante. Otra cosa es que sus límites y alcance acaben siendo diferentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abèlés, M. (2008). *Anthropologie de la globalisation*. París: Payot.
- Albert, M. y Hernández Martí, G.M. (2011). La identidad en lucha. Iniciativas civiles culturales ante el conflicto identitario valenciano. *Papeles del CEIC*, 66(1). <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/66.pdf>. Consulta el 18 de abril de 2016.
- Álvarez Junco, J. (2001). El nacionalismo español: las insuficiencias en la acción estatal. *Historia Social*, 40, 29-51.
- Anderson, B. (2005). *Comunitats imaginades. Reflexions sobre els orígens i la propagació del nacionalisme*. València: PUV/Afers.
- Appadurai, A. (1999). Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía postnacional. *Nueva Sociedad*, 163, 109-124.
- Appadurai, A. (2001). *La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización*. Buenos Aires: FCE.
- Archilés, F. (2014). Una improvisada pervivencia: la Constitución de 1978 y la idea de nación española. En Archilés, F. y Saz, I. (Eds.), *Naciones y Estado. La cuestión española* (pp. 15-49). València: PUV.
- Balibar, E. (1991). The Nation Form: History and Ideology. En E. Balibar y I. Wallerstein (Eds.), *Race, nation, class: Ambiguous identities* (pp. 86-106). Londres: Verso.
- Barth, F. (1976). Introducción. En Barth, F. (Comp.), *Los grupos étnicos y sus fronteras* (pp. 9-49). México: FCE.
- Bauman, Z. (2004). *La sociedad sitiada*. México: FCE.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Billig, M. (2006). *Nacionalisme banal*. València: Afers/PUV.
- Bourdieu, P. (1985). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Brenner, N. (2009). Open questions in state rescaling. *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 2, 123-139.
- Calzada, I. (2015). Benchmarking future city-regions beyond nation-states. *Regional Studies, Regional Science*, 2(1), 351-362.
- Casas-Cortes, M., Cobarrubias y S., Pickles, J. (2015). Changing borders, rethinking sovereignty: towards a right to migrate. *REMHU: Revista Interdisciplinar da Mobilidade Humana*, 23(44), 47-60.
- Castelló, R. (2001). El país com argument. Nacionalismes al País Valencià i Catalunya, (en línea). <http://www.uv.es/~socant2/elpaiscomargument.pdf>
- Castells, M. (2000). *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol 2. El Poder de la Identidad*, Madrid: Alianza.
- Comaroff, J. y Comaroff, J. (2000). Millennial Becoming. First Thoughts on a Second Coming. *Public Culture*, 12(2), 291-343.
- Comas d'Argemir, D. (1996). L'arbre et la maison. Métaphores de l'appartenance. En Fabre, D. (Dir.). *L'Europe entre cultures et nations* (pp. 199-212). París: Éditions de la Maison des sciences de l'homme.
- Clua, M. (2014). Identidad y política en Cataluña: el auge del independentismo en el nacionalismo catalán actual. *Quaderns-e d'Antropologia*, 19(2), 79-99.
- De Lucas, J. (2015). *Mediterráneo. El naufragio de Europa*. València: Tirant lo Blanch.
- Eriksen, T. H. (1993). *Ethnicity and Nationalism. Anthropological perspectives*. Londres: Pluto Press.
- Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo*, Madrid: Alianza.
- Geulen, Dh. (2007). *Breve historia del racismo*. Madrid: Alianza.
- González-Abrisketa, O. (2013). Cuerpos desplazados. Género, deporte, y protagonismo cultural en la plaza vasca. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana* 8(1), 83-110.

- Guibernau, M. (2004). Presentació del Dossier “Democràcia i nacionalisme en un món global”. *L’Avenç*, 25, 8-11.
- Hall, S. (1993). Culture, community, nation. *Cultural Studies*, 7(3), 349-363.
- Hall, S. (2003). Introducción ¿Quién necesita la identidad? En Hall, S., Du Gay, P. (Comps.), *Cuestiones de identidad cultural* (pp. 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Handler, R. (1984). On sociocultural Discontinuity: Nationalism and Cultural Objectification in Quebec. *Current Anthropology*, 25(1), 55-71.
- Hernández i Martí, G.M. (2002). *La modernitat globalitzada. Anàlisi de l’entorn social*. València: Tirant lo Blanch.
- Hobsbawm, E. (1992). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (Eds.) (1988). *L’invent de la tradició*. Vic: Eumo.
- Lalueza, C. (2002). *Races, racisme i diversitat*. València: Bromera.
- Llobera, J.R. (1994). *El dios de la modernidad*, Barcelona: Anagrama.
- Moncusí, A. (2005). *Fronteres, identitats nacionals i construcció europea. El cas de la Cerdanya*. València: PUV/Afers.
- Moncusí, A. (2011). Nacionalización del interés, situaciones cotidianas y narrativas locales: de la frontera internacional a los límites culturales en una frontera pirenaica. *Papeles del CEIC*, 74. (en línea) <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/74.pdf>. Consulta el 18 de abril de 2016.
- Moncusí, A. y Ruiz Torres, M.A. (2002). La vigència de l’estat nació en el context de globalització. Els casos de Ciudad Hidalgo (Chiapas) i la Cerdanya (Catalunya). *Revista d’Etnologia de Catalunya*, 21, 96-113.
- Nagel, K.J. (2014). ¿Del autonomismo al independentismo? En vías de interpretar el giro reciente del nacionalismo catalán. En Archilés, F. y Saz, I. (Eds.), *Naciones y Estado. La cuestión española* (pp. 325-352). València: PUV.
- Pérez Agote, A. (1993). Las paradojas de la nación. *Reis*, 7-21.
- Pujadas, J.J. (1993). *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*. Madrid: Eudema.
- Santamarina, B. (2013). Los mapas geopolíticos de la Unesco: entre la distinción y la diferencia están las asimetrías. El éxito (exótico) del patrimonio inmaterial. *Revista de Antropología Social*, 22, 263-286.
- Sassen, S. (2001). ¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de globalización. Barcelona: Bellaterra.
- Sassen, S. (2010). *Territorio, autoridad y derechos. De los ensamblajes medievales a los ensamblajes globales*. Buenos Aires: Katz.
- Sassen, S. (2004). Local actors in global politics. *Current Sociology*, 52(4), 649-670.
- Saz, I. (2014). Evoluciones e involuciones. La idea de España en dictadura y en democracia. En Archilés, F. y Saz, I. (Eds.), *Naciones y Estado. La cuestión española* (pp. 155-168). València: PUV.
- Serrano, I. (2008). The state’s response to the Catalan question: an emerging ethnic component in contemporary Spanish nationalism? Comunicación presentada en la *18th Annual ASEN Conference* en abril de 2008.
- Smith, A. D. (2000). *Nacionalismo y modernidad*. Madrid: Istmo.
- Vitali, S., Glattfelder, J. B., y Battiston, S. (2011). The network of global corporate control. *PloS one*, 6(10), e25995.
- Weber. E. (1976). *Peasants into Frenchmen*. Stanford: Stanford University Press.
- Wieviorka, M. (2009). *El racismo. Una introducción*. Barcelona: Gedisa.

NOTA BIOGRÁFICA

Albert Moncusí Ferré es doctor en Antropología Social por la Universitat Rovira i Virgili y profesor contratado doctor del Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universitat de València. Ha sido investigador invitado en la Queen’s University of Belfast, Laboratoire d’Anthropologie Urbaine (CNRS) y COMPAS (Oxford). Ha investigado sobre fronteras e identidades nacionales, patrimonialización etnológica y migraciones y convivencia interétnica.

